

LITERATURA MONÁSTICA LATINA DE LOS PRIMEROS SIGLOS

Curso de Formación, OCist., septiembre de 2003–Prof.

Daniël Hombergen, ocso

ANTOLOGÍA DE TEXTOS

1. Atanasio

Vida de Antonio, Prólogo [cf. la primera traducción latina del 360 ca.]

Trad. italiana: P. CITATI/S. LILLA en G. BARTELINK, *Vida de Antonio*, Vida de los Santos I, Milán (Lorenzo Valla/Mondadori) 1991⁵ (1974), pp.5-7.

En el Prólogo, Atanasio se dirige a una comunidad desconocida que ha demostrado gran interés de saber más sobre san Antonio. Muy probablemente se trata de una comunidad occidental del entorno donde Atanasio ha transcurrido a uno de sus exilios.

Empieza la vida de san Antonio anacoreta publicada por san Jerónimo sacerdote¹.

1. Bueno es el combate que habéis emprendido con los monjes de Egipto: ser semejantes a ellos o superarlos, avanzando en la ascesis, con la práctica de vuestra virtud. En efecto, entre vosotros hay moradas de monjes, y este nombre ya ha quedado establecido. Alguien alabará con justicia vuestro propósito, y con vuestras oraciones Dios lo llevará a cabo. 2. Y ya que me habéis preguntado por la vida del bienaventurado Antonio, deseando saber cómo comenzó la ascesis, quién era

¹ Atribución incorrecta. La primera traducción de la Vida de san Antonio es anónima.

antes de esto, cuál fue el final de su vida, y si es verdad lo que se dice de él para poder vosotros mismos imitar su celo, he aceptado vuestra orden con gran entusiasmo. **3.** Pues grande es el beneficio que obtengo tan sólo con recordad a Antonio. Sé bien que también vosotros al oírme, no sólo sentiréis admiración por este hombre, sino que también desearéis imitar su propósito; pues para los monjes la vida de Antonio es modelo suficiente de ascesis. No dudéis de aquellos que os han informado sobre él, y pensad que habéis oído poco, pues difícilmente han podido constaron historia tan extraordinaria. **4.** Y yo mismo, persuadido por vosotros, recordaré una pequeña parte, todo lo que voy a dar a conocer por medio de esta carta; pero vosotros no dejéis de preguntar a los que llegan por el mar (*eos qui ad vos navigant*). Tal vez, si cada uno cuenta o que sabe, podrá nacer un relato digno de él. Cuando recibí vuestra carta, quise hacer venir a algunos de los monjes que más frecuentemente solían visitarlo, para que tras oír sus noticias, pudieran daros más detalles. **5.** Pero al aproximarse el día en que zarpaba la nave² (*tempus navigationis conclude[bat]*) y ya que el portador de esta carta tenía prisa, me he apresurado a escribir a vuestra santidad lo que yo mismo sé –pues muchas veces lo he visto–, y lo he podido aprender de aquel que durante bastante tiempo lo acompañó y echó agua sobre sus manos. A causa de vuestra prudencia he procurado escribir atendiendo siempre a la verdad, para que nadie, al oír de más, dejara de creer y, al conocer menos de los necesario, despreciara a este hombre. (Trad. Española: ATANASIO: *Vida de Antonio*; Ed. Ciudad Nueva 1995, pp. **31-32.**)

² La traducción quizá sea incorrecta. Mejor sería: “porque la estación de la navegación esta para terminar”. El periodo invernal esta cerca, en el que la navegación sobre el mar Mediterráneo era imposible. Esta interpretación del texto hace más comprensible la prisa que tiene Atanasio para terminar un libro entero!.

2. Jerónimo

Epistula 22 (a Eustochium) [383-384]

Traducción italiana (con pocos cambios): S. COLA, San Jerónimo: *Las cartas I (Cart. 1-52)*, Roma (Ciudad Nueva) 1996 (1962), pp. 191-192.

En Roma en el año 383-384 (por lo tanto antes de que se estableciese definitivamente en Belén) Jerónimo, recordando sus experiencias en el desierto siríaco entre el 375 y el 379, escribe una larga carta a Eustochio, hija de Paula, para exhortarla a la virginidad. En un paso famoso (22,7) confiesa sus propias miserias que ha vivido en la lucha contra las tentaciones. Semejante paso autobiográfico de Jerónimo, que trata de la experiencia concreta, es interesante comparar con el ideal hagiográfico del “asceta perfecto”, como lo encontramos por ejemplo en las Vidas de Paulo, de Hilarione y de Malco.

7. ¡Oh cuántas veces, estando yo en el desierto y en aquella inmensa soledad que, abrasada de los ardores del sol, ofrece horrible asilo a los monjes, me imaginaba hallarme en medio de los deleites de Roma! Me sentaba solo, porque estaba rebotante de amargura. Se erizaban mis miembros, afeados por un sacco, y mi sucia piel había tomado el color de un etíope. Mis lágrimas eran de cada día, de cada día mis gemidos, y si alguna vez, contra mi voluntad, me vencía el sueño repentino, estrellaba contra el suelo unos huesos que apenas si estaban juntos. No hablemos de comida y bebida, pues los mismos enfermos sólo beben agua fresca, y tomar algo cocido se reputa demasía y regalo.

Así, pues, yo, que por miedo al infierno me había encerrado en aquella cárcel, compañero sólo de escorpiones y fieras, me hallaba a menudo metido entre las danzas de las muchachas.

Mi rostro estaba pálido de los ayunos; pero mi alma, en un cuerpo helado, ardía de deseos y, muerta mi carne antes de morir yo mismo, sólo hervían los incendios de los apetitos. Así, pues, desamparado de todo socorro, me arrojaba a los pies de Jesús, los regaba con mis lágrimas y domaba la repugnancia de mi carne con ayuno de semanas.

No me avergüenzo de mi calamidad; antes bien lamento no ser el que fui.

Acuérdome haber juntado muchas veces, entre clamores, el día con la noche y no haber cesado de herirme el pecho hasta que, al increpar el Señor a las olas, volvía la calma³. Empezaba a tener espanto de mi propia celdilla como cómplice de mis pensamientos, e, irritado y riguroso conmigo mismo, penetraba solo en lo interior del desierto. Si en alguna parte daba con un hondo valle, ásperos montes o hendiduras de rocas, allí era el lugar de mi oración, allí el ergástulo de mi carne misérrima.

Y el Señor mismo me es testigo que después de muchas lágrimas, después de estar con los ojos clavados en el cielo, parecíame hallarme entre los ejércitos de los ángeles y cantaba con alegría y regocijo: “En pos de ti corremos al olor de tus ungüentos”⁴.

8. Ahora bien, si tamaña batería sostienen los que, consumido su cuerpo, sólo son combatidos de malos pensamientos, ¿qué sufrirá la doncella⁵ que disfruta de toda suerte de deleites? (...) **(Trad. Española: *Cartas de S. Jerónimo I*, Ed. Bilingüe (Biblioteca de Aut. C.) 1967; pp. 163-164)**

³ Cf. Mt 8,24

⁴ Cant. 1,3.

⁵ Aho Jerónimo se dirige de nuevo a Eustoquio.

Epistula 108 (En memoria de Paula) [404]

Trad. italiana: S. COLA, *San Jerónimo. Las cartas 3*, Roma (Ciudad Nueva) 1997, pp. 314-315.

Entre las nobles romanas en el círculo alrededor de Jerónimo, la más importante era Paola. Como muchos occidentales, Paula decidió trasladarse a Tierra Santa, acompañada por su hija Eustochio. Hacia el 385, después de haber visitado los centros monásticos de Egipto, fundó un monasterio femenino en Belén. Poco después llegó Jerónimo a aquel lugar para agregar una fundación masculina. Durante casi 20 años vivieron muy unidos, en la doble fundación, Paula y Jerónimo. Después de la muerte de Paola, en el 404, Jerónimo escribió la carta 108 como elogio de la difunta. Leemos el paso en el que cuenta un momento fuerte, es decir la partida de Paula de Roma para ir a oriente en barco (108, 6).

6. (...) Olvidó casa, hijos, servidumbre, posesiones, todo cuanto dice relación con el mundo; le abrasaba el deseo de ir, sola—si se puede decir—y sin sequito, al desierto de Antonio y de Paulo. En resumen, pasado el invierno, abriéndose el mar a la navegación⁶, mientras los obispos regresaban a sus respectivas Iglesias, ella estaba en el mar con ellos, aunque sólo fuera con su augurio y con el deseo.

¿Pero por qué esperó todavía a decirlo? Bajó después al puerto, acompañada por el hermano, por los cuñados, por los parientes (esto es de mayor relieve) por los hijos. Ya las velas estaban hinchadas y el barco, empujado por los remos, se dirigía mar adentro. El pequeño Tozzioso, sobre la playa, extendía las manos, suplicante. Rufina, ya en edad casadera, con su silencio

⁶ Véase. *arriba*, n. 2.

roto por los gemidos le suplicaba esperase a su boda. Ella, a pesar de eso, levantó los ojos al cielo, sin una lágrima; su amor por Dios le hizo vencer el cariño hacia los hijos. Olvidaba su maternidad para poner a prueba como sierva de Cristo. Sentía destrozarse el corazón; era como si el alma le fuese arrancada por los mismos miembros y luchaba contra el dolor; pero lo que más le hizo admirable fue como superó su gran amor de madre. Si existe una crueldad que no tiene comparaciones, cuando se ha caído en mano enemiga y bajo la dura coacción de la reclusión, es precisamente el hecho que los padres sean separados de los hijos. Precisamente por esto su fe sin límites soportaba, contrariando los derechos naturales; más bien, su alma se gozaba y lo deseaba; el cariño hacia los hijos no le interesaba más, dado al amor más intenso que sentía por Dios; le bastaba Eustochio, su compañera de ideal y de viaje, para hacerle encontrar descanso.

3. Egeria

Peregrinación en Tierra Santa 3 [384 ca.]

Trad. italiana: P. SINISCALCO/L. SCARAMPI, *Egeria: Peregrinación en Tierra Santa*, Col. de textos patrísticos 48, Roma (Ciudad Nueva) 2000⁴ (1985), pp. 50-51.

Llegados a Sinai, Egeria y sus compañeros suben la montaña santa, como también lo hacen hoy los peregrinos y turistas. El ambiente entorno a la cima está lleno de monjes y de ermitaños que se muestran disponibles a acoger los compañeros de viaje, a hacer la guía subiendo la montaña y a enseñar todos los lugares de interés religioso.

3, 1. El sábado por la tarde nos internamos en el monte y llegamos a algunos monasterios; sus moradores, los monjes, nos

recibieron con mucha bondad dándonos las mayores facilidades. Hay también en aquel lugar una iglesia con presbítero. Pasamos allí la noche. El domingo, de madrugada, acompañados por el presbítero y los monjes, comenzamos a subir aquellos montes uno por uno. (...)

Luego Egeria describe las fatigas y los cansancios de la subida, que son superadas sólo por el más fuerte deseo de subir.

2. (...) a la hora cuarta llegamos a la cima del santo monte de Dios, el Sinaí, donde fue dada la ley, el lugar donde descendió la majestad del Señor el día que humeaba la montaña.

3. Allí hay ahora una iglesita. Pequeña porque aquel lugar, la cima del monte, es poco extensa. Iglesia, sin embargo, de muy buen gusto.

4. Llegados a la cima, gracias a Dios, y ya a la puerta de la iglesia, vino de su eremitorio el presbítero encargado. Un anciano perfecto, monje desde su juventud, «asceta» lo llaman aquí; en una palabra, digno de vivir en este lugar. Acudieron también otros presbíteros y los monjes que moraban en aquellas proximidades, menos los enfermos o impedidos por la edad.

5. En la cima propiamente dicha del monte central no vive nadie; no existe más que la iglesia y la gruta donde estuvo el santo Moisés.

6. Luego, todo por su orden, la oblación, en la cual recibimos la comunión. Estando ya para salir a la iglesia, los presbíteros del lugar nos dieron *eulogias*, es decir, manzanas que se crían en el monte. (...) **Trad. Española: Peregrinación de Egeria (Itinerarios y guías primitivas a tierra santa); Ed. Sígueme – Salamanca, 1994; Col. ICHTHYS**

4. Rufino de Aquileia [también: Rufino de Concordia, o: Tirannio Rufino]

Traducción latina de la *Historia de los monjes en Egipto*, Prólogo [finales sec, IV; trad. 404]

Trad. italiana: G. Trettel, *Rufino de Concordia: Historia de los monjes*, Colección de textos patrísticos 91, Roma (Ciudad Nueva) 1991, p. 41.

En el prólogo de la Historia de los monjes en Egipto, el autor desconocido certifica que habita sobre el santo monte de los Olivos. Por lo tanto es un hermano de Rufino. Éste ha traducido la obra en el 404, es decir después de volver de Italia. El mismo Rufino ha transcurrido varios años en Egipto (374-380), antes de establecerse en Jerusalén (380-397). Conoce los centros monásticos de Egipto por la experiencia. También el autor anónimo declara que ha visto con sus propios ojos a estos monjes, luchando contra los malos pensamientos, sin preocuparse de las cosas materiales y haciendo prodigios con la fuerza de la oración. Leemos un pasaje hacia el final del Prólogo:

(...) He aquí como son distribuidos: algunos viven en las periferias de las ciudades; otros en pleno campo, la mayor parte (y, quizá, los mejores) viven solos en un eremitorio. Poniendo una comparación, son como soldados del ejército celeste, siempre listos a la primera señal, en sus tiendas, siempre con los ojos le vueltos a su rey para obedecer enseguida a sus mandatos; combaten con las armas de la oración, defendidos contra el maligno por el escudo de la fe, mientras buscan constantemente el reino celeste. He aquí sus dotes: repletos de buenas costumbres, tranquilos, serenos, bondadosos, unidos juntos por la unidad indisoluble de la caridad y por el vínculo de la caridad. Emulándose mutuamente, en noble competición para adquirir la

virtud, se entrenan cotidianamente como si estuviesen en un campo de combate. Compiten para ser uno más humilde que el otro, más benévolos, más humilde, más paciente. Si además hay alguno que es más sabio que otro, éste se hace más sencillo y así humilde, pareciendo—según el mandato del Señor—“el más pequeño de todo y el servidor de todos.”⁷

Puesto que Dios me ha concedido el don inestimable de haber podido verlos, de haber podido participar en sus conversaciones (*conversatio*)⁸, desde ahora me esforzaré de contar detalladamente y por designio todo lo que el Señor me concede de recordar sobre ello, narrándolos uno a uno.(...)

5. Sulpicio Severo

***Vida de Martín 3* [396/397]**

Trad. italiana: L. Canales en A. Bastiaensen/ J. Smit, *Vida de Martín – Vida de Hilario – En memoria de Paula*, Vida de los San iv, Milán (L. Valla/ A. Mondadori) 1975, pp. 13-15.

En los dos primeros capítulos Sulpicio describe brevemente la juventud de san Martín. El joven piadoso fue obligado por el padre entrar en el ejército, pero en este ambiente militar se comportaba más bien como monje que como soldado. Seguidamente sigue la famosa escena de la división de la capa para un pobre desnudo que luego, en un sueño, lo identifica como el mismo Cristo.

3, 1. Así, un día, no teniendo encima nada además de las armas y la sola capa de soldado, en la dureza de un invierno que se encrudecía más duramente de lo habitual, al punto que muchísimos sucumbieron por la dureza del hielo, le ocurrió de

⁷ Mc 9,35.

⁸ *Conversatio*, un término técnico que en griego equivale a *pliteia*, se traduce mejor como “modo de vivir” (sobrentendida la vida ascética).

encontrarse en la puerta de la ciudad de Amiens a un pobre desnudo. Y como éste rogaba a los transeúntes tuviesen piedad de él, y todos pasaban de largo sin preocuparse del desdichado, este hombre lleno de Dios comprendió que, así como los demás se negaron a un acto de caridad, este pobre estaba reservado para él. **2.** ¿Pero qué hacer? No tenía otra cosa que la clámide, que vestía; de hecho ya había todo el resto en otra semejante obra buena. Y así, blandida la espada que llevaba en la cintura, dividió la clámide, y le dio una parte al pobre, con la otra se revistió. Mientras tanto algunos presentes se echaron a reír, ya que lo consideran indecoroso con aquel vestido mutilado; muchos sin embargo, de ánimo más sabio, se pusieron a llorar intensamente por no haber hecho nada parecido, porque, sin dudar, poseyendo más que él, hubiesen podido vestir a aquel pobre sin llegar a la desnudez. **3.** Por lo tanto, a la noche siguiente, mientras dormía, vio a Cristo vestido con la parte de su clámide, con la que cubrió al pobre. Le fue mandado considerar cuidadosamente al Señor, y de reconocer el vestido que había dado. Seguidamente, oyó decir a Jesús con clara voz a la multitud de ángeles que estaban a su alrededor: “Martín, que todavía es un catecúmeno, me ha cubierto con este vestido.” **4.** Verdaderamente agradecido por sus palabras, el Señor, que un tiempo proclamó: “Cada vez que habéis ayudado a una de esas mis humildes criaturas, a mí me habéis ayudado”⁹, declaró haber sido vestido en la persona de aquel pobre; y a confirmar así el testimonio de una buena obra, Él no desdeñó de mostrarse en aquel mismo vestido que el pobre recibió en regalo.(...)

6. Cassiano

***Instituciones cenobíticas* 12 [420-424]**

⁹ Mt 25,40 (véase también Mt 25,36.43).

Trad. italiana: L. Dattrino, *Giovanni Cassiano: Les Instituciones cenobitiche*, Scritti Monastici 13, Praglia 1989. pp. 285-286 (los títulos son omitidos).

La segunda parte de las Instituciones están dedicadas a los ocho vicios capitales o espíritus malvados, según la lista ya clásico testimonio sobre todo de Evagrio (Capita. practica, 6-14): glotonería, fornicación, avaricia, cólera, tristeza, acedía, vanagloria y soberbia. El orden de la lista corresponde a la sucesión de las tentaciones que tiene que afrontar el monje en el progreso espiritual. Los tres primeros (fornicación, avaricia, cólera) son impurezas elementales de la concupiscencia; luego siguen tres defectos sobre el nivel de lo irascible (cólera, tristeza, acedía), y por fin están las dos grandes trampas (vanagloria y soberbia) precisamente para los avanzados. Leamos lo que dice Casiano sobre la soberbia:

12, 1. El octavo y último combate que se nos ofrece es contra el espíritu de soberbia. Aunque es el último en el orden y ocupa el postrer lugar, no obstante, en cuanto a su origen y tiempo, es ciertamente el primero de todos. Monstruo cruelísimo, más terrible que todos los precedentes, mide sus fuerzas con los perfectos, y devora con atroces mordeduras a quienes están ya más afianzados en la adquisición de las virtudes.

2. Hay dos especies de soberbia. La primera, de la cual acabamos de hablar, ataca a los hombres espirituales que están ya muy avanzados en perfección. La segunda acomete también a los principiantes que son todavía carnales. Una y otra originan una elación culpable, contra Dios y contra los hombres.

No obstante, la primera se opone especialmente a Dios, al paso que la segunda impugna más bien a los hombres. En torno a los orígenes y causas de ésta hablaremos, con el favor divino y

según nuestros alcances, al final de este libro¹⁰. Por el pronto, nos proponemos tratar, siquiera brevemente, de la otra soberbia espiritual, es decir, la que tienta principalmente a los perfectos.

3. (...) Pongamos un ejemplo para que se comprenda mejor lo que decimos: la gula, verbigracia, quebranta el rigor de la templanza, el deleite sensual solivianta la castidad, la cólera devasta la paciencia. Y así se da el caso de que vencidos por tal o cual vicio no estamos por eso completamente desprovistos de las demás virtudes. Privados solamente de aquella que sucumbe a los ataques de la pasión rival, podemos retener, aunque imperfecta y parcialmente, las otras.

Pero cuando la soberbia se ha adueñado del alma, ya no hay remedio. Como un cruel tirano se apodera de la ciudadela sublime de las virtudes, trastorna y destruye de una a otra parte la ciudad entera, abate luego hasta el suelo los altos muros de la santidad y lo desquicia todo en su recinto. No deja subsistir en el alma que le está sujeta el más mínimo destello de libertad: cuanto más rica es su víctima, más pesado es el yugo de la servidumbre a que la somete. En fin, no cesa hasta asolarla por completo y dejarla desnuda de todas las riquezas espirituales. **(Trad. Española; Juan Casiano, *Instituciones* (Col. NEBLI); Ed. Rialp, S.A.; Madri 1957; pp. 407-409)**

Conferencia XIV [426-429]

Trad. italiana: L. Dattrino, *Giovanni Cassiano: Conferenze ai monaci* 2, Collana di testi patristici 156, Roma (Cittá Nuova) 2000, pp. 111-112.

No es posible elegir un solo paso que sea representativo para la entera obra de las Conferencias. Todos los aspectos de la vida espiritual son tratados en los discursos puestos en las bocas de los grandes Ancianos del desierto de Egipto. Tomamos

¹⁰ Es decir, la parte final del capítulo XII.

aquí un texto de la Conferencia XIV, en el que Abba Néstor habla de la interpretación alegórica de las Escrituras. El pasaje famoso, que contiene un influjo profundo de la exégesis alejandrina desarrollada sobre todo por Orígenes (sobre las huellas sea de Filón que de san Pablo), es el primer claro testimonio de una rica tradición exegética en occidente, que distingue cuatro niveles para la interpretación del Biblia: historia (= sentido literal), tropología (= sentido moral), alegoría (= sentido místico), anagogía (= sentido escatológico). También los comentarios escriturísticos de san Bernardo, sobre todo aquel sobre la Cantar de los Cantares, forman parte de esta misma gran tradición exegética.

8. Pero reanudemos el tema de la ciencia (*scientia*), que es lo que dio origen a esta colación. La practica (*praktiké*) –lo hemos dicho más arriba– se divide en muchas profesiones y estados. En cambio, la teoría (*theorétiké*) se divide en dos partes, es decir, la interpretación histórica y la inteligencia espiritual. De ahí que Salomón, después de haber ponderado la gracia multiforme que tiene la Iglesia, añade: «Todos lo que en ella habitan tienen dos vestidos»¹¹. La ciencia espiritual, a su vez, comprende tres géneros: la tropología, la alegoría y la anagogía. De ellas se ha dicho en los Proverbios: «Escribe para ti sobre tu corazón estas cosas de tres maneras»¹².

La historia tiene por objeto el conocimiento de los hechos asados y visibles. El Apóstol da un ejemplo de ello, cuando dice: «Escrito está que Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava y

¹¹ Prov. 31,21 (LXX).

¹² Prov. 22,20 (LXX) Origen cita el mismo pasaje en el mismo contexto. Véase. *De principiis* VI, 2,4.

otro de la libre. El de la esclava nació según la carne; el de la libre, por promesa de Dios»¹³.

Lo que sigue se refiere a la alegoría, por cuanto se habla de cosas realmente pasadas que prefiguraban otro misterio. Y así dice: «Esas dos mujeres son dos testamentos: el uno, que procede del monte Sinaí, engendra para la servidumbre. Esta es Agar. El monte Sinaí se halla en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, que es, en efecto, esclava con sus hijos»¹⁴.

La anagogía se eleva de los misterios espirituales a los secretos del cielo, más augustos y sublimes. Se halla expresada en lo que San Pablo agrega inmediatamente: «Pero la Jerusalén de arriba es libre, ésta es nuestra madre, pues está escrito: «Alégrate, estéril, que no pares; prorrumpe en gritos, tú, que no conoces los dolores del parto, porque más serán los hijos de la abandonada que los hijos de la que tiene marido»¹⁵. En cuanto la *tropología*, es una explicación moral, en orden a enmendar la vida y corregir los principios de conducta personal. Como si por medio de estos dos testamentos entendiésemos la práctica y la teoría; o si por Jerusalén o el monte Sión queremos entender el alma humana, según aquello: «Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba Sión, a tu Dios»¹⁶.

Las cuatro figuras pueden hallarse reunidas. Así, la misma y única Jerusalén, revestirá, si queremos, cuatro acepciones distintas: en el sentido *histórico* será la ciudad o metrópoli de los judíos; en el *alegórico*, la Iglesia de Cristo; en el *anagógico*, la ciudad celeste «que es madre de todos nosotros»¹⁷, según la sentencia paulina; en el sentido *tropológico*, será el alma

¹³ Gá IV, 22-23.

¹⁴ Gal 4, 24-25.

¹⁵ Gal 4,26-27.

¹⁶ Sal 147,12.

¹⁷ Gal4,26.

humana, a quien vemos que alaba o reprende el Señor con este mismo nombre de Jerusalén.

7. Paulino de Nola

Carta 29 (sobre Melania la Anciana) [400]

Trad. italiana: S. Santaniello, *Paulino de Nola: Las cartas II*, Nápoles / Roma (Librería Editorial Redención) 1992, 151. 165-167.

Hemos visto un pasaje de la alabanza de Paula, escrito por Jerónimo. La otra mujer fuerte que se estableció en Tierra Santa fue Melania la Anciana, que hemos visto cuando hemos hablado de Rufino. Paulino de Nola, gran admirador de la aristócrata mujer, ha escrito la alabanza en su carta 29 le dirigida a su amigo Sulpicio Severo. Veamos dos párrafos importantes. En el párrafo 6, Paulino compara a su heroína con Martín, y en el párrafo 10 describe su partida a oriente.

6. Me parecerá, además, de recompensarte de alguna manera también por aquel libro tuyo, tan famoso por el contenido y por la elocuencia de su estilo,¹⁸ si me decido a tratar de una mujer, que, incluso siendo de sexo inferior a las virtudes de Martín, milita sin embargo por Cristo y, noble por sus antepasados consuelos, se ha hecho más noble con el desprecio por la nobleza de sangre.

10. Melania tuvo que afrontar muchas luchas contra el envidioso dragón desde las primeras experiencias de su milicia cristiana. Su enemigo, en efecto, morado por la envidia, no permitió que fuera con paso fácil y tranquilo; pero, valiéndose de toda la potente influencia de sus nobles parientes, dispuestos

¹⁸ Paulino se refiere a la *Vida de Martín* escrita por Sulpicio Severo.

a luchar para retenerla, buscó de impedir su elección de vida y de obstaculizarle el camino mientras avanzaba.

Pero ella, ya madura más allá de la potencia de las tentaciones, con alegría se libró de los vínculos del amor humano y “zarpó” entre el llanto de todos; y, no para de vencer las oleadas del siglo, afrontó valientemente también aquellos del mar y se echó a navegar. Y así, abandonando al mismo tiempo la vida del mundo y la patria, eligió por regalo del Espíritu la ciudad de Jerusalén, en la que permaneció lejana de su cuerpo, exiliándose de sus conciudadanos y conciudadanas de los Santos. Con sabiduría y santidad eligió servir en la Jerusalén terrena, que vive al servicio de la humanidad, para poder reinar en la Jerusalén celeste, que es libre y soberana¹⁹.

8. Agustín

***Confesiones VIII-X* [397-400]**

Traducciones italianas: C. Carena en M. PELLEGRINO (*et al.*), San Agustín: *Las Confesiones*, Obras de S. Agustín I/1, Roma (Ciudad Nueva) 2000⁷ (1965), pp. 233. 249. 333; G. Chiarini, en San Agustín: *Confesiones*, 5 voll, Milán (Lorenzo Valla), 1992-1997.

Las Confesiones son una obra autobiográfica y retrospectiva que Agustín escribió entre el 397 y el 400, ya obispo de Hipona y más que diez años después de su conversión (386). El testimonio de las Confesiones está engalanada sobre todo por las experiencias que Agustín, de cristiano, ha vivido en el período subsiguiente, pero a pesar de todo permanecen como nuestra fuente principal de su vida antes del 387. En los dos primeros libros Agustín nos describe la infancia y la adolescencia. Luego sigue la amplia descripción del proceso de

¹⁹ Véase Gal 4,26s (y la explicaciones de Casiano en Col. XIV,8).

la conversión en los libros III hasta el VIII: la lectura de Hortensius de Cicerón que le despertó en él “el amor por la sabiduría” (= filosofía), pero que no contenía el nombre de Cristo; la lectura de las Sagradas Escrituras con la desilusión por su contenido y estilo demasiado simple y poco elegantes; la secta de los maniqueos que no le satisfizo; la predicación de Ambrosio basada en la interpretación alegórica, le abrieron los ojos. Luego se puso a leer los libros neoplatónicos que le ayudaron a quitar las últimas dificultades intelectuales para abrazar la fe católica. Estos escritos sin embargo no le conducen a Cristo, el que Agustín encontró luego en las cartas de San Pablo. Ahora le faltó la preparación moral, es decir la fuerza de romper totalmente con el antiguo modo de vivir. Llegado a aquel punto escuchó la historia del monje Antonio de la boca de cierto Ponticiano, un oficial de la corte imperial.

VIII, 6,14. (...) Contándonos él de Antonio, monje de Egipto cuyo nombre era tan esclarecido entre vuestros siervos, pero nosotros hasta aquella hora lo desconocíamos. Viendo de que nada sabíamos, detúvose más en la narración, dándonos a conocer a aquel varón tan insigne, y admirándose de nuestra ignorancia. Estábamos estupefactos, al oír tales maravillas²⁰, perfectísimamente atestiguadas, tan recientemente obradas por Vos casi en nuestros días en la verdadera fe y en la Iglesia Católica. Todos estábamos admirados: nosotros de tan grandes sucesos; y él, de que no hubieran llegado a nuestros oídos. **(Trad. Española: Confesiones de San Agustín; Ed. Apostolado de la Prensa, S.A.; MADRID 1964; pg. 261; pp. 185-186).**

²⁰ Ps144,5.

Ponticiano habló también de otros ascetas y del movimiento monástico que se difundió también en occidente. Contó la historia de dos colegas que se convirtieron abrazando este tipo de vida. El efecto sobre Agustín fue enorme: se apartó con Alipio, su compañero, al jardín de la casa dónde se encontraron (es decir a Milán) y allí, después de haberse alejado un poco de Alipio, luchó con sí mismo a causa de un terrible conflicto interior que parecía no acabar nunca; gimió y lloró en la amargura de su corazón contrito.

VIII, 12,29. (...). Y he aquí, que oigo de la casa vecina una voz, no sé si de un niño o de una niña, que decía cantando, y repetía muchas veces: (*Tolle lege; tolle lege*) = ¡Toma lee; toma lee!. Y al punto, inmutado el semblante, me puse con toda atención a pensar, si acaso habría alguna manera de juego, en que los niños usasen canturrear algo parecido; y no recordaba haberlo jamás oído en parte alguna. Y reprimido el ímpetu de las lágrimas, me levanté, interpretando que no otra cosa se me mandaba de parte de Dios, sino que abriese el libro²¹ y leyese el primer capítulo que encontrase. Porque había oído decir de Antonio, que por la lección evangélica, a la cual llegó casualmente, había sido amonestado, como si se dijese para él lo que se leía: “*Ve, y vende todas las cosas que tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los Cielos; y ven y sígueme*”²²; y con este oráculo, luego se convirtió²³ a Vos. Así que volví a toda prisa al lugar

²¹ Como resulta claro del seguimiento, se trata de un códice con las lecturas de San Pablo que Agustín había dejado en el lugar donde se encontraba Alipio.

²² Mt 19,21.

²³ Al comienzo de la *Vida de Antonio* leemos que el santo, de dieciocho años, poco tiempo después de la muerte de sus padres entra en una iglesia, mientras está reflexionando sobre los apóstoles que dejaron todo para seguir al Señor. Precisamente en aquel momento se leyó el pasaje evangélico aquí citado. Antonio, como si la lectura hubiese sido precisamente para él, enseguida salió

donde estaba sentado Alipio, pues allí había puesto el códice del Apóstol al levantarse de allí; lo arrebaté, lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que se me vino a los ojos: “*no en comilonas ni embriagueces; no en fornicaciones y deshonestidades; no en rivalidad y envidia; sino vestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no hagáis caso de la carne para satisfacer sus concupiscencias*”²⁴. No quise leer más, ni fue menester; pues apenas leída esta sentencia, como si de una luz de seguridad se hubiera difundido en mi corazón, todas las tinieblas de la duda desvanecieron. (**Trad. Española: Confesiones de San Agustín; Ed. Apostolado de la Prensa, S.A.; MADRID 1964; pg. 261; pp. 197-198**).

Quando Agustín reveló a Alipio lo que le ocurrió, este le confesó de haber tenido una experiencia parecida. Entonces Agustín leyó la continuación del texto paulino: “Y acogéis a quien es débil en la fe”²⁵, y lo refirió a sí mismo. Los dos amigos unidos, por tanto, en la conversión definitiva que, Agustín, ha restablecido también la relación con su madre. La primera parte de las Confesiones, es decir la larga historia de la conversión de Agustín, acaba en el libro IX con el relato de la muerte de Mónica en Ostia. La segunda parte, los libros X-XIII, contienen una gran alabanza de Dios y su creación. Continúa todavía en el libro X un paso famoso, del que merece la pena también restituir el texto latino:

X, 27, 38. ¡Tarde te amé, belleza tan antigua y así nueva, tarde te quise! Sí, porque tú nosotros fuiste dentro fuera de mí y. Allí

de la iglesia y empezó a despojarse de los bienes. Cf. ATANASIO, *Vida de Antonio* 2.

²⁴ Rm 13,13-14.

²⁵ Rm 14,1.

te busqué. Deforme, me tiré sobre las bonitas formas de tus criaturas. Estuviste conmigo, y no estuve contigo. Me tuvieron lejos de ti tus criaturas, inexistentes si no te existieran en ti. Me llamaste, y tu grito desfondó mi sordera; y tu resplandor disipó mi ceguera; difundiste tu fragancia, y respiré y anhelo verso de ti, gusté²⁶ y tengo hambre y sed²⁷; me tocaste, y quemados de deseo de tu paz. (**Trad. Española: Confesiones de San Agustín; Ed. Apostolado de la Prensa, S.A.; MADRID 1964; pg. 261).**)

[*Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua y tam nova, sero te amavi! Et ecce intus eras et ego foris et ibi te quaerebam et in ista formosa, quae fecisti, deformis inruebam. Mecum eras, et tecum no eram. Ea me tenebant longe a te, quae si en te non essent, non essent. Vocasti et clamasti et rupisti surditatem meam, coruscasti, splenduidisti et fugasti caecitatem meam, fraglasti et duxi spiritum et anhelo tibi, gustavi et esrio et sitio, tetigisti me et exarsi in pacem tuam.*]

La Regla (Regula a servos Dei) 1-2 [400 ca.]

Traducción italiana: C. Carena, *San Agustín. Moral y ascetismo cristiano*, Obras de S. Agustín VII/2, Roma (Ciudad Nueva) 2001, pp. 31-33.

1, 2. El motivo esencial por el que os habéis reunido juntos (*in unum estis congregati*) es que viváis unánimes en la casa²⁸ y tengáis unidad de mente y corazón dirigido hacia Dios²⁹.

1, 3. No decís de nada: Es mío, pero todo sea común entre vosotros. El superior distribuya a cada uno de vosotros la

²⁶ Cf. Ps 34 [33], 9; 1 Pe 2,3.

²⁷ Cf. Mt 5,6; 1Cor 4,11.

²⁸ Cf. Sal 67,7.

²⁹ Cf Act 4,32.

comida y la ropa³⁰; pero no a todos por igual, porque no todos tenéis la misma salud, sino a cada uno según sus necesidades. En efecto así leéis en los Hechos de los Apóstoles: “Tenían todo en común y se distribuía a cada uno según sus necesidades.”³¹

1, 8. Todos, pues, vivís unánimes y concordes y, en vosotros, honráis recíprocamente a Dios³² del que sois templo³³.

2, 1. Esperáis con diligencia el rezo³⁴ en las horas y en los tiempos establecidos.

2, 2. El oratorio sea destinado exclusivamente al objetivo por el que ha sido hecho y que le ha dado el nombre. Por tanto si alguien, teniendo tiempo, quisiera también orar fuera de las horas establecidas, no sea obstaculizado por el que haya creído conveniente destinar el oratorio a fines diferentes.

2.3. Cuando rogáis a Dios con salmos e himnos, medita en el corazón lo que proferís con la voz.

2.4. No queráis cantar si no cuando es previsto por el canto. Evitad por lo tanto lo que no está destinado al canto.

9. Lérins

La Regla de los Cuatro Padres I, 8-18. [400 ca.]

Traducción italiana: G. Turbessi, *Reglas monásticas antiguas, Roma* (Ed. Studium) 1974, pp. 324-325.

[Serapione dijo:] (...) –8. Queremos por lo tanto que todos los hermanos habiten concordes en una casa llena de alegría. 9. Hace falta sin embargo enseñar, con la ayuda de Dios, de que

³⁰ 1 Tim 6,8.

³¹ Cf. Act 4,32. 35.

³² Cf. Rm 15,6.

³³ Cf 2 Cor 6,16.

³⁴ Cf Col 4,2; Rom 12,12.

modo esta beata concordia se pueda realizar con un recto orden. 10. Queremos que una sola persona sea el jefe de la santa unión, 11. y que nadie se aleje ni siquiera un poco de su orden, ni a la derecha o a la izquierda, 12. pero todos obedezcan con plena sumisión y regocijo, como una orden Dios, 13. puesto que el Apóstol dice a los Hebreos: “Obedeced a vuestros jefes y someteos a ellos, porque ellos velan sobre de vosotros como quién tiene que dar cuenta de vuestras almas.³⁵” 14. También dice el Señor: “No quiero sacrificio sino obediencia.³⁶” 15. Los que desean vivir concordés actuando de esta manera, tienen que considerar que a través de la obediencia Abraham agradó a Dios y fue llamado amigo. 16. Mediante la obediencia los mismos Apóstoles merecieron ser testigos entre pueblos y tribus. 17. Hasta el Señor, descendiendo de las regiones supernas a las de aquí abajo, dijo así: “No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha mandado, del Padre³⁷”.

La obediencia, pues, confirmada por tan ilustres acontecimientos y testimonio, sea observada a fondo y con gran empeño.

10. Cesario de Arles

La Regla de las Virgenes 48-49 (Resumen de la Regla) [534]

Traducción italiana: G. Turbessi, *Reglas monásticas antiguas*, Roma (Ed. Studium) 1974, pp. 356-357.

48, 1. Aunque con la ayuda de Dios al inicio de la fundación del monasterio ya hubiésemos recopilado una Regla, sin embargo sucesivamente, en varias ocasiones, os hicimos

³⁵ Heb 13,17.

³⁶ 1 Sam 11,22; Mt 9,13.

³⁷ Jn 8,23.

añadiduras y caracteres; 2. ahora, después de haber examinado bien y experimentado que estáis en grado de cumplirla, definitivamente hemos fijado una norma conveniente según la sensatez, posibilidad y santidad. 3. En base por lo tanto de cuánto hemos podido deducir por un diligente experimento, la Regla misma ha sido corregida por nosotros, como Dios nos ha inspirado, de modo que podáis observarla íntegramente con la ayuda de Dios. 4. Luego en la presencia de Dios y sus ángeles exhortamos que nada en ella sea cambiado ulteriormente o atenuado.

49, 1. Cualquiera escrito que hayamos hecho anteriormente sobre este argumento, queremos que no se retenga nada; ésta en cambio que de mi mano he escrito el resumen, os ruego y amonesto de observarla fielmente con la ayuda de Dios; 2. invocando sin descanso la ayuda de Dios, para que no sea obstáculo con su venoso consejo el antiguo enemigo, el que ya muchas veces trajo abajo de la cumbre misma del cielo hasta en las profundidades del infierno los que consintieron en él. 3. Os exhorto por lo tanto, santas y venerables hijas, a estudiar la forma de rechazar sus insinuaciones con energía y vigilante cuidado. 4. “Corred con la ayuda de Dios, a alcanzar la meta; porque no quien ha empezado, sino quien ha perseverado hasta al final se salvará.³⁸” 5. Sé bien que, santamente me sois devotas, por un lado siempre tenéis presente cuanto escribí anteriormente, por otro os esforzáis en cumplirlo, con la ayuda de Cristo, no sólo con fidelidad, sino también con buen éxito. 6. Sin embargo para que nuestras deliberaciones puedan fijarse más resistentemente en vuestro corazón, hemos querido hacer este breve resumen, escrito de mi mano. 7. Y ruego que Dios os se inspire para recibirla con su ayuda de buen grado.

³⁸ Cf. 1Cor 9,24; Mt 24,13.

